

See discussions, stats, and author profiles for this publication at:
<https://www.researchgate.net/publication/303678247>

Juvenilización de los estudiantes universitarios

Chapter · October 2015

CITATIONS

0

READS

12

2 authors, including:



[Maria Herlinda Suárez-Z...](#)

Universidad Nacional Au...

33 PUBLICATIONS **11**

CITATIONS

SEE PROFILE

JUVENILIZACIÓN DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

*María Herlinda Suárez Zozaya**

Cuando los estudiantes universitarios aparecieron en el escenario histórico, en la Edad Media, no formaban parte de la juventud, porque ésta no existía; la idea de juventud fue gestada en la modernidad. Cuando apareció la juventud, el estudiante universitario, cuya figura ya existía de antaño, fue constituido como “el tipo ideal” del ser joven; es decir, los estudiantes universitarios fueron los primeros jóvenes en hacerse visibles. Podríamos decir que la juventud nació “estudiantizada” y que, en cambio, los estudiantes fueron juvenilizados. Hoy, se comprende que juventudes hay muchas y que los estudiantes sólo son un subconjunto del grupo social llamado juventud. A la inversa, suele pensarse que todos los estudiantes universitarios son jóvenes. Pero, la juvenilización de los estudiantes universitarios se ha dado no sólo en términos de una relación semántica, sino también de identidad, ya que los estudiantes universitarios se significan y construyen a sí mismos como jóvenes. Para constatar esta idea, basta observar los resultados que aparecen al asociar las densidades de adscripción identitaria de los jóvenes estudiantes de 15 a 29 años respecto de diferentes palabras. Con información que proviene de la Encuesta Nacional de Juventud realizada por la SEP el año 2000, se da cuenta de las respuestas de los jóvenes, particularmente los estudiantes, a la pregunta: “¿Con qué palabra te identificas?” Según esos datos, los jóvenes y los estudiantes, ante todo, quieren ser y se sienten

* Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM.

jóvenes, por encima de cualquier otra identidad sugerida. Llama la atención que en el caso de las estudiantes, además de querer ser y sentirse jóvenes, ellas reivindican la identidad de mujer. En ambos casos, las identidades forman parte de lo que Habermas llama “el mundo de la vida”. Así, es evidente que las preferencias de identidad y pertenencia de los estudiantes universitarios nada tienen que ver con adscripciones institucionales. Castells clasifica este tipo de identidades dentro del rubro “identidad proyecto”.

Según Castells, este tipo de identidades permiten que el propio sujeto defina lo que quiere ser y representar, luchando incluso por ello, para ejercer su capacidad de agencia. Es importante que quienes trabajamos con jóvenes tomemos esto en cuenta, porque debemos comprender que los estudiantes quieren definir por sí mismos lo que son y cómo quieren ser concebidos socialmente. Por lo general, los adultos nos empeñamos en definir lo que ellos son, sin darles la oportunidad de ser lo que quieren ser. ¿Hay algo más violento que esto? ¿Quién en este país que sea adulto y que tenga poder permite que los jóvenes ejerzan su capacidad de agencia?, ¿por qué no los dejamos en libertad para que sean ellos mismos quienes definan lo que debe entenderse por “jóvenes mexicanos” o por “estudiantes universitarios”? De hecho, incluso los académicos concebimos a la juventud y a los y las jóvenes como un problema, cuando ni la juventud ni los jóvenes son el problema; lo problemático es la condición juvenil y justamente es sobre esta condición, y no sobre los jóvenes, que debemos actuar a fin de ofrecer mejores oportunidades de vida para ellos y ellas.

Volvamos al punto de la identificación de los estudiantes universitarios como jóvenes más que como estudiantes. ¿Qué significa esto para la universidad? Hay que decirlo claramente: significa que se ha dado una ruptura de la díada tradicional estudiante-profesor. El estudiante, al representarse como joven, obliga a que “el otro” deje de ser profesor y aparezca ante él tan sólo como adulto. Esto conlleva a un cambio en la forma en que se construyen y ejercen el poder y la autoridad en la universidad. Ya no es el saber del profesor el que disciplina a los estudiantes, sino que la disciplina se ejerce sobre ellos aludiendo a “las clases de edad”. Como para los jóvenes no es

legítimo que el poder caiga sobre ellos sólo por razones de edad, la universidad se ha convertido en un lugar en el que nada está resguardado de ser cuestionado por sus estudiantes. Cuando los estudiantes nos dicen: “ante todo nosotros somos jóvenes”, lo que demandan y exigen es el derecho y la posibilidad de cuestionarnos.

Por su parte, hoy los espacios educativos, incluida la universidad, han dejado de ser el lugar natural y hegemónico de producción y transmisión de la cultura. Los medios de comunicación y la vida extramuros también producen y transmiten cultura y compiten, en términos de discursos, razones y significaciones, con lo que se piensa, enseña y dice en la universidad. Los aprendizajes de los jóvenes han dejado de apegarse a modelos de tipo *cofigurativo*, como llamó Margaret Mead a los modelos de aprendizaje basados en la transmisión de conocimientos y comportamientos de la generación pasada a la siguiente; de padres y maestros a hijos y alumnos. Ahora, los modelos de aprendizaje han pasado a ser de tipo *prefigurativo*, es decir, los pares reemplazan a los padres y maestros, instaurando una ruptura generacional. Los jóvenes ya no quieren aprender de los padres o de otros adultos porque no necesariamente les gusta o les sirve lo que saben los mayores. Hay una ruptura generacional no solamente en términos de respeto hacia los mayores, sino también ante su sabiduría y formas de hacer las cosas. También ha cambiado el significado de ser estudiante universitario debido a la diversidad estudiantil. Hoy, ya no hay una única forma de ser estudiante universitario, como tampoco hay una única forma de ser joven. En los campus universitarios encontramos una gran diversidad de jóvenes. La masificación no sólo produjo crecimiento en el tamaño de la matrícula, sino que junto con el crecimiento vino la diversidad. En la universidad hay prácticamente representantes de todos los grupos sociales: hijos e hijas de familias de clase alta, media, obrera, populares y hasta de campesinos. Encontramos jóvenes que combinan el estudio con el trabajo y otros que no lo hacen, así como aquellos que tienen hijos o que no los tienen. El estudiante ya no es el tipo ideal construido desde Rousseau o Locke, y claramente ya no es fácil encontrar al *heredero* de Bourdieu y Passeron. La propuesta

del ideal de estudiante representado por un chico (hombre), burgués, que no tiene hijos y que puede darse el lujo de ser estudiante de tiempo completo, está casi extinto. El estudiante cuya cultura familiar corresponde con la educación que recibe y que más que buscar movilidad social obtiene la permanencia en su jerarquía social, ya no es quien con mayor frecuencia habita en las instituciones de educación superior. Repito, hoy, en las instituciones educativas de nivel superior, el conjunto estudiantil está lejos de ser homogéneo social, económica y culturalmente hablando. Además, en la actualidad, opera claramente la metáfora de la universidad sin muros. Los problemas del país y de su sociedad están presentes en todos los campus. Las diferencias y desigualdades sociales del colectivo estudiantil se han tornado más que evidentes en las instituciones educativas, mismas que han dejado de ser torres de marfil. Ya no podemos pensar que “aquí adentro todos somos bonitos y bien vestidos” pues en los propios campus vemos las desigualdades y las diferencias sociales. Los muros de la universidad se han diluido, diría Bauman, se han vuelto líquidos; incluso la violencia y todas las cuestiones sociales dolorosas se encuentran presentes en la vida cotidiana de la universidad.

Las dispersiones de los valores centrales son altísimas no sólo entre instituciones públicas y privadas, sino al interior de cada uno de estos dos conjuntos. Así, la cuestión de la diversidad juvenil y estudiantil es mucho más compleja que la división que suele hacerse entre instituciones públicas y privadas. Claramente hay diferencias que permiten separar a estas dos subpoblaciones. Por ejemplo, el número de miembros de las familias de los alumnos de instituciones privadas es de cuatro personas y, en cambio, en las instituciones públicas es de 4.4 por unidad familiar. Los estudiantes de las instituciones privadas suelen combinar con mayor frecuencia el estudio con el trabajo, respecto de sus congéneres en instituciones públicas. Pero no debemos inferir que esto se debe a que los alumnos de escuelas privadas son más trabajadores o que consiguen trabajo con mayor facilidad, más bien es un hecho cultural ligado a la promoción de la figura del “inversionista” o el “emprendedor”. En las universidades privadas se suele dar al

trabajo combinado con el estudio un sentido de inversión “para ir teniendo experiencia”.

Un cambio que no puede dejar de mencionarse y que ha transformado el contexto sociocultural de la educación superior, es la feminización de la matrícula. Aparecen en los escenarios de la educación superior, y con mucha frecuencia, las estudiantes universitarias. De hecho, hoy el conjunto estudiantil de universitarios está poblado básicamente por mujeres, tanto en las instituciones privadas como en las públicas. Por su parte, un hecho que sigue vigente es que la mayoría de los estudiantes son la primera generación de sus familias en asistir a la universidad (esto se da tanto en las instituciones públicas como en las privadas).

De acuerdo con los datos de la Encuesta Nacional de Juventud, los estudiantes de licenciatura, tanto de las universidades públicas como de las privadas en México, dicen tener serios problemas en sus hogares. Me parece importante destacar que, según los estudiantes, es frecuente que en sus hogares esté ausente la madre. En este caso, sí es evidente la diferencia entre estudiantes de instituciones públicas respecto de las privadas, ya que en estas últimas el porcentaje es más alto. Es posible que el dato se relacione con la opinión de los jóvenes sobre la falta de tiempo para compartir en sus hogares y la mala relación con los padres. Carezco de bases estadísticas para concluir cómo se relacionan los tres problemas que declaran tener los jóvenes en sus hogares, pero considero que manifiestan la necesidad que se ha ido generando en los padres y en las madres respecto de enviar a sus hijos a instituciones que les brinden condiciones para competir. Creo que los padres, sobre todo las madres, hacen hasta lo imposible para que sus hijos obtengan un certificado de licenciatura de universidades que les exigen más de lo que tienen; por ello, deben ausentarse de sus hogares y no tienen tiempo ni ganas de relacionarse afectivamente con sus hijos e hijas. Si esto fuera así, deberíamos preocuparnos, pues las condiciones de necesidad que se han impuesto a los padres y las madres de los estudiantes universitarios también representan un tipo de violencia contra la juventud. La instalación de la cultura de la necesidad y la competencia, entre otras cosas,

implicó que la educación dejara de ser considerada un bien público y un derecho, para significar un bien de consumo que cada quien debe adquirir, según sus propias posibilidades. Lo importante de la educación, presentada como necesidad de consumo, ya no es la cultura y el conocimiento que produce y transmite ni la contribución que con ella se hace a la sociedad, lo único que importa es satisfacer la necesidad de ser competente. Por ello, cuando en la Encuesta Nacional de Alumnos de Educación Superior (ENAES, 2008-2009) se preguntó a los jóvenes cuál fue el motivo principal por el que escogieron la institución en la que se encontraban estudiando, la mayoría respondió que fue el prestigio, incluso sobre el nivel académico.

En el marco de la sociedad de consumo y la cultura de la competencia, la educación superior se mercantiliza, promovándose la venta de productos y servicios universitarios. Los estudiantes son vistos como clientes y consumidores de la educación superior. Los que pertenecen o pretenden pertenecer a las élites deben asistir a las llamadas universidades globales de investigación para ser formados como ciudadanos globales. Según Ulrich Beck, el ciudadano global es un ciudadano reflexivo que pondera los valores humanos, el cuidado del medio ambiente y la conservación del planeta por encima de la lucha por la sociedad. Es decir, que el ciudadano global considera lo planetario y cosmopolita por encima de lo social, lo nacional y lo local. Le importan la lucha por la libertad, la diversidad y, por supuesto, los derechos humanos, pero se preocupa poco por los derechos nacionales y sociales. Hay una devaluación de las identidades nacionales, y la construcción de conocimiento se lleva a cabo de acuerdo con los cánones de producción desde la semántica “global”, donde impera la cultura estadounidense, incluido su idioma. La misma ENAES nos brinda un dato interesante: los estudiantes de educación superior en nuestro país tienen pocas probabilidades de ser ciudadanos globales, debido a que 64.80% de los estudiantes de educación superior en México habla sólo español, cuando sabemos que hablar inglés se ha convertido en un requisito para serlo.

Además del ciudadano global, otra figura que hoy se proyecta sobre los estudiantes universitarios es la del becario. El becario nunca se siente

relajado, renuncia a luchar por sus derechos y está invadido por la angustia de llenar papeles, cumplir las expectativas de los mandatos de selección y de la evaluación continua, emanadas desde el poder de quien lo tutela. Vive con sentimientos de riesgo, de perder la beca o, en caso de contar con una beca-crédito, de no poder pagarla.

Para finalizar, quiero comentar que recientemente presencié los movimientos estudiantiles en Inglaterra y tuve la suerte de entrevistar a algunos líderes. También fui a París, donde constaté que los estudiantes europeos, de manera conjunta, se están moviendo contra las exigencias de la educación mercantilizada que los impulsan a convertirse en consumidores y becarios-deudores. No obstante, de la misma manera que antaño, los estudiantes de hoy están aprendiendo de una manera dolorosa que el poder y la autoridad no están dispuestos a atender lo que quieren los jóvenes. En Cambridge, Inglaterra, a una manifestación estudiantil llegó la policía montada y se armó una pelea entre policías y estudiantes. La policía lastimó y apresó a algunos estudiantes. ¿Con base en qué delitos la policía ejerció violencia contra los estudiantes? Por lo que reportan los medios, molesta a las autoridades que los jóvenes no acepten plegarse a las decisiones de los adultos en el poder; de aquí que se interprete que los jóvenes empezaron con la violencia.

Los jóvenes que hoy llevan a cabo movimientos estudiantiles en Cambridge no son los que vivieron el 68. Tal vez muchos de ellos ni siquiera tengan noticias de lo que sucedió entonces. Los estudiantes de hoy que salieron a la calle para protestar por la mercantilización de la educación superior, no pensaban que podían ser humillados ni atacados por la policía, pero lo fueron. De ahora en adelante, los estudiantes ya no van a preocuparse sólo por la educación, sino también por lo que pueda pasarles. Una vez más, la historia nos ha dejado claro que en todo el mundo se busca vincular estrechamente al joven con la violencia.